



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 42. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por numeros sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs. MADRID 18 DE OCTUBRE DE 1868. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



estinado á reemplazar en El Museo á un poeta ilustre, cuyo sólo nombre bastaría para acreditar una publicacion cualquiera, permitaseme impetrar la benevolencia del lector que no hallará de hoy mas en las columnas de este periódico el animado estilo y la narracion pintoresca del popular

autor de los *Ecos Nacionales* y las *Elegias*, de los *Proverbios* y las *Inspiraciones*. No todo ha de ser ganancia en nuestra Revolucion: y si los suscritores de El Museo pierden en esto, consuélese con lo mucho que ganan por otros lados.

Entremos en materia. Condensada, por ahora, la atencion pública en los asuntos interiores y problemas políticos iniciados por la Revolucion presente, de cuyas soluciones pende el porvenir de nuestra patria, justo es que demos preferente lugar á la reseña de acontecimientos que tan de cerca nos tocan y tan íntimamente nos conmueven; dejando para otro dia el examen de las cosas que mas allá de nuestro suelo pasan, y cuyo interés sería pálibo ante el estado de la opinion, en estos momentos, como nunca, levantada y absorta en su propia obra. El aspecto de Madrid desde hace dos semanas ha cambiado por completo, ofreciéndonos el hermoso

espectáculo de un pueblo que sabe hermanar el sentimiento de la libertad con una sensatez difícilmente igualada por los mas cultos de Europa y América. Este espectáculo ha tenido dos momentos, ambos bellos y dignos de notarse. Ayer, el oleaje de la muchedumbre recorriendo en bulliciosos grupos las calles y las plazas, luminarias, colgaduras, banderas, himnos, arcos triunfales, abandonando cada cual su casa, sus quehaceres, su vida individual, para no sentir sino la vida pública y la general alegría; hoy, pasado el momento de la pasion, la tranquila actividad propia de los pueblos libres, que al dia siguiente de una revolucion triunfante, ponen las primeras piedras para la regeneracion social, que ha de dar nueva savia á la vida moral y ha de abrir nuevas fuentes á la prosperidad y al trabajo. Asi vemos acudir á los obreros y á los periodistas, á los estudiantes y á los industriales, á buscar en la asociacion, con verdadero acierto una de las mas firmes bases sobre que ha de consolidarse la obra de nuestro renacimiento. En particular, los primeros, no sólo se reúnen para discutir las cuestiones referentes á la libre enseñanza, que nos complacemos en creer para siempre adquirida, sino que comprendiendo sus deberes en estos momentos para las clases de inferior cultura, establecen en San Isidro y el Noviciado, cuyos locales ha puesto á su disposicion el respetable profesor que hoy rige nuestra Universidad, cátedras públicas y gratuitas donde el pueblo encuentre el pan de su inteligencia. No serán estas las únicas que con este fin se fundarán, segun nuestras noticias.

Y pues que de enseñanza hablamos, notemos las reformas con que el ministro del ramo, eficazmente secundado por el nuevo é ilustrado director señor Madrazo, ha comenzado á asegurar el imperio de la libertad, dentro y fuera de las escuelas del Estado. El decreto sobre instruccion primaria sienta bases capitales para formular el pensamiento de la Revolucion en este importante asunto. Algo mas esperamos todavía de la nueva administracion, aunque muchos de sus propósitos hayan de aplazar su realizacion hasta las próximas Córtes Constituyentes.

Y si tan trascendentales reformas comienza á experimentar el estado social de España, único firme cimiento de sus libertades, el orden político y administrativo no las sufre menores. El Gobierno, constituido por dos de los partidos liberales y del cual no

forina parte la democracia, y compuesto de hombres sinceramente adictos al régimen liberal, y presididos por el general Serrano, ha señalado los primeros actos de su vida por importantes decretos sobre asuntos financieros, religiosos y políticos. La supresion de la Compañía de Jesus ha levantado, no obstante, vivos clamores de parte de aquellos que piensan que la libertad es un derecho comun, no el patrimonio de los partidos triunfantes.

El partido democrático, cuya actividad, á pesar de lo ocurrido en la formacion del ministerio, es hasta hoy favorable al nuevo orden de cosas, en cuya gestion toman parte algunos de sus miembros, ha celebrado un *meeting* el domingo anterior en el Circo de Rivas, estrecho entonces para la inmensa multitud que lo llenaba. En él, despues de dos notables discursos de los señores Salmeron (don Nicolás) y Martos, se mostró la resuelta decision de no romper la alianza de los partidos liberales y preponderó la opinion de los que no creen llegado para España el momento de constituirse bajo la forma republicana. Esta actitud contribuirá sin duda á afirmar la nueva situacion, que hoy viene á realizar, al cabo de tantos años y tantos desalientos, aquella *Union Liberal* que proclamaba el señor Rios Rosas en 1854, verdadera y legitima fusion de unionistas y progresistas que ha necesitado de una Revolucion para consumarse.

Y ya que del señor Rios Rosas hablamos, notemos el resuelto y decidido apoyo que al nuevo gabinete promete en sus telégramas y cartas, de que nos ha dado cuenta la *Gaceta*, el antiguo y perseguido presidente de la Cámara popular. No es otra tampoco la actitud del señor Olózaga y del general Espartero.

El general Prim, en una carta dirigida por él al *Gaulois*, periódico del vecino imperio, se proclama decidido partidario de la monarquía constitucional. Esta declaracion de parte de uno de los mas influyentes miembros del Gobierno, tiene una importancia incalculable, mayormente, si, como se asegura, y es natural, ha sido hecha con el beneplácito de sus demás compañeros.

En la esperanza de que la solucion monárquica sea la que triunfe, los diarios extranjeros discuten las candidaturas que á su entender mas probalidades ofrecen: la del rey viudo de Portugal, que prepararia para su muerte la union personal de los dos reinos conservando su administracion enteramente separada

hasta tiempos mucho mas remotos; la del príncipe Amadeo de Saboya, uno de los mas liberales y menos fastuosos de Europa, segun se dice; la de un archiduque austriaco, la del príncipe Napoleon, y hasta la del duque de Montpensier, que desde luego aparece contrariar una de las aspiraciones mas unánimes de la Revolución. En estos últimos días, el nombre del duque de Edimburgo, hijo de la reina de Inglaterra, desechado al principio, como traído á plaza por rumores vagos y sin fundamento, y hoy resueltamente combatido por algunos periódicos ministeriales, se lee mas de una vez en las columnas de los diarios extranjeros. Las publicaciones británicas discuten formalmente esta candidatura y no falta alguna que, como el *Morning-Post*, aludiendo á la relacion que se pretende establecer entre la eleccion del príncipe Alfredo y la devolucion de Gibraltar, asegura que en una determinacion de este género para nada influiria la coronacion del hijo de la reina Victoria. El tiempo resolverá entre tan encontradas pretensiones.

Por hoy, y concentrada la atencion en los sucesos políticos, nada mas decimos. El movimiento literario germina todavía; que en dias tan agitados, la fantasía, poderosamente atraída hácia el mundo exterior, no tiene reposo para recogerse en sí y engendrar sino creaciones pasajeras y puramente de circunstancias. Uno de estos *apropósitos* es el del popular poeta Palacio, cantado por Tamberlick en la funcion patriótica celebrada en el teatro de la ópera para solemnizar el triunfo de la Revolución. Dicen así:

«¡Ah! quién dijera al verte
postrada en la agonía,
que eras la patria indómita
de Otumba y de Pavia;
que el sol de tu ventura
tan pronto se trocara
en noche de amargura.
Dime, nacion de mártires,
si he de llorar por tí:
¡Oh! libertad de España
¿cómo te hundiste así?

Era tu cielo espléndido,
cuna de la alegría;
tu imperio no halló límites,
¡oh! cara patria mia:
el arpa del poeta
cantos de amor te daba
que el alma escucha inquieta.
¿Por qué, porque aquel éxtasis
al verte no sentí?
¡Oh! libertad de España
¿cómo te hundiste así?

Ya no errarán tus hijos
por extranjero suelo;
lució por fin la aurora
del bien y del consuelo;
en vez de triste llanto,
de amor y de esperanza
resuena el dulce canto.
Del polvo en que yacías
resucitar te ví:
¡Oh, libertad de España,
serás eterna aquí!»

¡Ojalá dé el tiempo valor de profecía á estas últimas palabras!

F. GINER.

DOS CONGRESOS Y UNA NUEVA UNIVERSIDAD.

La asociacion para el progreso de la ciencia, ha tenido en Alemania dos grandes manifestaciones en el mes pasado. El 18 de setiembre inauguraba sus tareas en Dresde el congreso de naturalistas y médicos que de 42 años á esta parte celebra reuniones anuales á que concurren los mas eminentes de cuantos allí hacen de la naturaleza el objeto de sus indagaciones;— el 26 del mismo mes, abria sus sesiones el congreso de filósofos reunido en Praga bajo la iniciativa del Barón de Leonhardi, profesor de filosofía en la universidad de aquel pueblo.—La primera de estas asambleas, presidida por el ilustre octogenario Carus, oyó relatar al anciano naturalista, en su discurso de apertura, la historia del grandioso desarrollo que en Alemania habia tenido el grano de mostaza puesto por la mano de su maestro Oken en el fecundo suelo literario de aquel pais.

Abiertas las sesiones generales, á la primera de las que asistieron el rey Juan y los príncipes Alberto y Jorge, hizo el profesor Virchow una esposicion sobre los fines que han de tenerse presente en la enseñanza de las ciencias naturales, indicando que no era un sistema de filosofía de la naturaleza lo que podía oponerse para atajar los inconvenientes del exagerado individualismo que hoy se sigue en las indagaciones naturales, y que sólo la conexión que entre sí guardan las partes de la realidad, exactamente conocida, y la obligacion para cada naturalista de la comunicacion en forma generalmente accesible de los descubrimien-

tos hechos, pueden traer á perfecto acuerdo en lo tocante á las nociones capitales, y evitar las soñadoras opiniones que se formulan individualmente á cada paso.—Siguieron á la esposicion del profesor Virchow el estudio del profesor Hallier de Jena, acerca de los organismos microscópicos relativamente al cólera y demás enfermedades epidémicas, el informe estadístico del profesor Reelanu de Leipzig sobre la mortalidad de los niños en los grandes centros de poblacion, y otros varios pertenecientes á señaladas ramas de la historia natural, entre los cuales citaremos el informe del profesor Ludwig de Leipzig acerca de los ensayos realizados con éxito para hacer que sigan funcionando algunas horas el intestino y el hígado de animales muertos, merced á la inyeccion de una corriente de sangre, hasta el punto de que absorba el intestino principios alimenticios y segregue bilis el hígado.

El congreso de filósofos en Praga, ha discutido los temas que el Barón Leonhardi formuló en un folleto anterior á la apertura del mismo; al lado de los problemas filosóficos de importancia mas capital, figuran otros que dicen relacion con la ciencia social y el Estado. Los profesores Röder y Schliephake, con otros muchos no menos distinguidos y eminentes, han contribuido á hacer de aquella asamblea, primera en su género, hablando con toda propiedad, una de las grandes solemnidades del mundo científico en esta época.

Al lado de estas manifestaciones de la asociacion para la ciencia, debe figurar la que ofrece hoy la creacion hecha en los Estados-Unidos, de una universidad libre por la iniciativa y único concurso de un particular. «La Universidad de Cornell,» que tal es su título, difiere en algo del tipo de tales institutos.—Fórmanla dos grandes divisiones: la primera que abraza colegios separados, cada uno de los cuales está consagrado á una ciencia ó arte especial; la segunda que comprende la cultura general de ciencia, literatura y arte.—La universidad, cuantiosamente dotada por el fundador, y provista de laboratorios, bibliotecas, observatorios, talleres, etc., obedece en su creacion á este pensamiento: «maridaje estrecho del saber y del trabajo,» el elemento doctrinal y el industrial unidos. ¿Qué no cabe esperar de gérmenes de fecundísima revolucion como estos, que brotarán presto en aquel envidiable pais?

A. L.

ORIGEN DE LAS FIESTAS A SAN JORGE,

EN ALCOY.

Corria el año de 1276, y el rey don Jaime el Conquistador se hallaba en Jativa con su ejército, preparándose á ir contra el moro Alazdrach, que, protegido por el emir de Granada, Mahomed II, habia levantado muchos pueblos y castillos de los recientemente conquistados contra el aragonés, prometiendo á los muzárabes que los habitaban, auxilios del andaluz.

El capitán propagador de la rebelion, despues de recorrer las poblaciones de la marina al frente de unos trescientos ginetes árabes, subió hasta la comarca en que están comprendidas Villena, Concentaina, Alcoy, Jijona, etc., yendo á acampar en los llanos de Polop, á una legua de Alcoy, y cerca del castillo de Chirillen, del cual se apoderó, confederándose al efecto con los muzárabes que habitaban en los caseríos situados al pie de la colina, donde aquella fortaleza se asienta todavía, y cuyas ruinas he visitado mas de una vez.

La nueva de que los enemigos de nuestra religion habian alcanzado aquella nueva victoria, no tardó en llegar á San Felipe, y el rey, temiendo no sin razon que Alazdrach atacase á Alcoy, y luego á Concentaina, entonces de mucha importancia, envió precipitadamente á don Raimundo de San Juan, y hasta cuarenta ginetes á sus órdenes, para que con este refuerzo, se frustraran los planes del moro respecto á aquellas poblaciones.

Escasa era en verdad la fuerza con que don Jaime socorria á las guarniciones de ambas; pero su buen estado de defensa la hacia suficiente para mientras él se adelantaba con toda su gente en busca del atrevido y no cobarde jefe mahometano, que tan resueltamente invadia las fronteras del reino de Aragon, á costa de mucha sangre y grandes sacrificios ensanchadas (1).

Cuando don Raimundo de San Juan llegó á Concentaina, tuvo que salir inmediatamente para Alcoy, bajo cuyos muros habian sentado sus reales ya los enemigos, dispuestos á atacarla, y á fin de no encontrarse con ellos, pues con sus fuerzas no podía presentarles batalla, cruzó por escabrosos terrenos, y atravesó desfiladeros peligrosos, penetrando al fin en la villa la noche del 22 de abril con sus soldados.

Al siguiente dia, que es el en que la Iglesia conmemora el martirio de San Jorge, cuando el sol besaba con sus primeros rayos la cruz del estandarte que flotaba sobre el torreón del castillo del Castellá, vigía empinado sobre el elevado peñasco de este nombre, vie-

(1) Sabido es que una enfermedad de que súbitamente se vió atacado, privó al rey de hacerlo; pero su hijo don Pedro derrotó á los moros en el llano de la Canal, en julio del mismo año.

jos y jóvenes alcoyanos asistian á la misa que mosen Ramon Torregrosa celebraba en la parroquia de la Cofradía, como para prepararse á los sucesos que iban á ocurrir.

En efecto, como á la mitad del acto religioso que los ocupaba, oyeron gran estruendo hácia la parte Norte de la villa, y al propio tiempo vieron llegar dos hombres armados, que les noticiaron haber sido asaltadas en aquel punto por los árabes la torre de Luna y las murallas á ella inmediatas.

Inflamado de ardor cristiano y patriótico mosen Torregrosa, suspendió el Santo Sacrificio, y dirigiéndose á sus conciudadanos, les arengó, despues de invocar el favor del esforzado guerrero, cuyo nombre santificaba el dia, corriendo sin perder punto al frente de aquellos y armado de una hoz, que fue lo primero que halló á mano, al sitio del peligro.

Heróicos esfuerzos hacian los pocos que combatian allí contra los invasores, para no dejarles apoderar de la muralla y de la torre de Luna, y en grave riesgo se vieran á pesar de su denodado valor, si el auxilio de sus paisanos no les hubiese sido prestado tan prontamente, con el que, despues de un reñido combate, rechazaron á los infieles, causándoles considerable pérdida, puesto que su capitán Alazdrach, quedó mortalmente herido al pie de los muros alcoyanos.

Alentado por la victoria, don Raimundo de San Juan salió al frente de los caballos que mandaba y alguna gente mas en persecucion de los moros que se retiraban hácia el barranco llamado de la Batalla, sin advertir que en él habia de encontrarse con la parte del ejército de Alazdrach que se habia posesionado de aquel paso con objeto de cortar la retirada á los de Alcoy; cuya gente, ora por ser mayor en número que su hueste, ora por encontrarse mejor dispuesta á la pelea por no haberse fatigado en la anterior, tenia que ocasionarle pérdidas de consideracion, ya que no le derrotase.

Imprudencia fue esta que costó cara á los cristianos, pues fueron completamente vencidos por sus contrarios, á cuyo frente se habian puesto Abraín y Reduan, segundos de Alazdrach, quedando casi todos muertos ó prisioneros.

Indudablemente, la muerte del jefe árabe desanimaria mucho á sus tropas, entre las cuales estaba reputado de invencible, y no es difícil explicarse por qué no volvieron éstas á atacar á Alcoy despues de la victoria que obtuvieron en el barranco de la Batalla, si se atiende al desaliento que debió infundirles la irreparable pérdida que habian sufrido al querer asaltar la poblacion.

Esto nos dice la historia respecto al hecho que acabo de narrar; pero, la crónica, menos racional, en su imaginario relato, cuenta que San Jorge peleó con los alcoyanos en la torre de Luna, viéndosele sobre un caballo blanco.

Algun tiempo despues, fue nombrado patron de la villa el Santo protector de los ejércitos aragoneses, á quien se edificó una iglesia y en gloria del cual se practicaron anualmente las fiestas originadas por el hecho histórico que acabamos de poner en conocimiento de los lectores de El Museo, hasta el año de 1703. La guerra de sucesion, en la que tomó parte Alcoy, pronunciándose por Felipe el Austriaco, interrumpió la celebracion de aquellas, y hasta 1842 no volvieron á oirse en la leal villa los disparos de arcabuz que forman, por decirlo así, el primordial *repulsivo* del drama que se quiere representar.

A medida que transcurre el tiempo y Alcoy desarrolla sus facultades morales, van siendo menos animadas y disminuye el número de actores que toman parte en ellas, de manera que, al presente, bien puede decirse que, exceptuando algunos entusiastas, las comparsas ó *filades*, como se les llama, que desempeñan los respectivos papeles de moros y aragoneses, se componen de gente nada instruida y que no deja de menudear las libaciones á Baco durante los tres dias de mascarada que les proporciona el Santo, á quien dedican la pantomima que les divierte.

JOSÉ PUIG PEREZ.

ESTUDIOS MORALES.

DE LA DEBILIDAD.

(CONCLUSION.)

Tal vez se nos habrá tachado de prolijos en la repetition de ejemplos; pero se padecen tantas equivocaciones en las ciencias morales, por lo multiforme y enigmática que es la naturaleza del hombre, es tan difícil generalizar con acierto en ellas, que muchos principios bien inducidos, en que se presenta clara la ley esencial, la relacion de causa y efecto, aun difícilmente se admiten si no van acompañados de numerosos hechos observados.

El principio anteriormente sentado, de crueldad en los débiles y benignidad en los fuertes, sólo lo hemos concretado hasta ahora en sus aplicaciones á meras

individualidades; veamos, pues, si en campo mas estenso, si hechos mas generales lo comprueban de la misma manera.

Balmes, en un artículo sobre «la fuerza del poder y la monarquía» dice lo siguiente: «El poder que gobierna la sociedad ha de ser fuerte, porque siendo débil tiraniza ó conspira.» Segun los consiguientes débiles tiranizan este principio, á no equivocarnos, la que acompañan este principio, á no equivocarnos, la palabra poder se refiere aquí solamente á la institución, sin comprender en nada á quien lo ejerce; lo que siendo así, sin embargo de todas las consideraciones debidas á uno de los pensadores mas profundos de nuestro siglo, esta proposición nos parecia mas exacta expresada como sigue: Gobierno y gobernante de una sociedad han de ser fuertes, porque siendo débiles tiranizan ó conspiran. Tal vez bajo este punto de vista no se le hubieran escapado algunas inexactitudes históricas que parece se le escaparon, á no haberlas creado nuestra misma ceguera y alucinación. Continúa luego el ilustre autor diciendo: «Augusto se siente fuerte y su imperio es suave; Tiberio se halla débil y maquina y oprime; de los monstruos que mancharon el solio de los Césares, fueron los mas violentos é insoportables los que oían ya cercano el ruido de los pretorianos que venían á degollarlos.» Pero decimos nosotros; ¿por ventura, no son tan suaves y mas que el imperio de Augusto, el de los emperadores Antonino, Alejandro, Trajano y Marco-Aurelio, no obstante sentir sumamente débil su gobierno? ¿Por ventura, Pertinax, á quien atravesó un bátavo con su javalina, Alejandro asesinado por la soldadesca, Nerva y Marco-Aurelio que corrieron inminente riesgo de serlo, no oían ya muy cercano el ruido de los pretorianos que venían á degollarlos? ¿Por qué, pues, encontramos tanta benignidad y dulzura en éstos, y tanta crueldad y barbarie en Domiciano, antecesor de Nerva, en Cómodo, hijo de Marco Aurelio, en Helio-gábalo, de quien es sucesor Alejandro Severo, en el valiente Caracalla y tantos otros emperadores? ¿Por qué casi en unos mismos días y con un poder igualmente débil encontramos los unos Césares benignos y los otros tan tiranos? Por la misma razon indicada ya; porque unos emperadores son firmes y otros débiles, porque gobernando éstos hay flaqueza en el poder y en quien lo ejerce, y con aquellos solamente en el poder. No hay duda, los poderes mas opresores, mas tiranos son aquellos en que son débiles á la vez gobierno y gobernante; los mas suaves son los que contienen firmeza en ambas partes; pero muchas veces es mas preferible un poder débil con un representante de entereza, que una institución robusta con debilidad en quien la personifica; hay mas dulzura en el imperio de Antonino y Alejandro que en el de Augusto; hay mas suavidad á veces bajo sistemas débiles de sí, como las repúblicas, que en ciertas monarquías absolutas; pero ¡desgraciadas las naciones, ay de los pueblos regidos por una institución inestable é insegura con un gobernante falto de vigor!

Otra no menos importante observación confirma tambien de una manera evidente esa especie de consorcio que existe entre la debilidad y la crueldad, entre la excesiva sensibilidad y la corrupción. Segun acreditadas estadísticas, la criminalidad en la mayor parte de las naciones aumenta en la direccion de los polos al ecuador; esto, pues, demuestra claramente que los habitantes de los países meridionales, en general mas sensibles que pensadores, y por consiguiente mas débiles, son tambien mas crueles y de peores costumbres. En ellos, se nota una mezcolanza de valor y cobardía, de afabilidad y dureza que confirma muy bien lo que hemos expuesto mas adelante; tan pronto se hacen admirar por su brioso arrojo, como facilmente se amilanan y desfallecen; tan pronto les encontrareis sumamente generosos, desprendiéndose de todo lo suyo para favorecer á un infortunado, como sin la menor compasión le sacrificarán bárbaramente á su vengativa cólera. No nos cansaremos en repetirlo; un refinamiento de sensibilidad fácilmente se convierte en refinado egoísmo, que degenera á la vez en bárbara inhumanidad. Neron, antes de ordenar que abrieran aquel vientre que le habia llevado, habia dicho al firmar una sentencia de muerte: «quisiera no saber escribir;» antes de contemplar impasible el incendio y la desolación de Roma, le habian vivamente conmovido los clamores del pueblo contra los arrendatarios de aduanas. Calígula, en un acceso de amor y crueldad, decia á su esposa Cesonia: «Me dan tentaciones de buscar en tus entrañas como en las de una víctima qué es lo que me inspira tanto amor hacia tí;» hoy es benéfico en extremo con el pueblo, pródigo en recompensas, mañana con un simple pretexto cierra los graneros públicos y le deja morir de hambre. Caracalla mata á su hermano al mismo tiempo que le acaricia. Los terroristas, segun un autor, tenían una extraordinaria benignidad de costumbres. No, no hay duda, los que aman con mas delirio son los que aborrecen con mas intensidad, como son los mas propensos á la risa los que mas lloran.

Tambien el suicidio aumenta como la criminalidad en el mismo sentido; el número de casos es mayor en una misma nacion en los países meridionales, como tambien tienen mas propensión á él las personas do-

tadas de mucha sensibilidad é imaginación, como los artistas; luego esa planta maléfica del suicidio se desarrolla y crece al influjo de la debilidad; todo lo que demuestra evidentemente que el acto de suicidarse indica algunas veces horroroso valor, pero nunca fortaleza de ánimo; no puede tacharse siempre de cobardía, pero sí de miserable debilidad, de denigrante flaqueza. Tal vez se nos objete que bajo este punto de vista, y atendida su mucha sensibilidad, el número de las mujeres suicidas debiera ser mayor que el de los hombres, y que sin embargo no sucede así segun lo que arrojan las estadísticas; pero esto proviene de que hay un sinnúmero de causas que por la distinta posición social de la mujer no influyen en ella como en el hombre; como tampoco por razones semejantes disminuyen los suicidas con el aumento de edad como debiera resultar de nuestras teorías.

Ocasión oportuna se presenta aquí para explicar la extrañeza que comunmente causa el ver que casi todos los hombres mas criminales sean los que sentenciados á la última pena se presenten mas decaídos y postrados, que los que en la consumación de sus delitos han dado pruebas de fiero valor, de inhumana insensibilidad sean los que suban al cadalso con menos serenidad y firmeza; y que al contrario, sean los que muestren mas fortaleza de espíritu y tranquilidad los que, víctimas de la defensa de una causa ó de una idea estroviada, si culpables, sin perversidad de corazón, han experimentado tan horrible castigo; ahí están Sócrates, Régulo, Padilla, Leon, que tanto se sobrepusieron á su fatal destino en sus últimos instantes. ¿Atribuiremos esto, como algunos, á la tranquilidad de su conciencia? No negaremos que influya algo; pero ejemplos podríamos citar, algunos muy recientes todavía, de desgraciados sin innata perversidad, cándidos tal vez, á quienes una errada idea ha arrastrado á crímenes nefandos; que no obstante el peso abrumador de su remordimiento, han dado pruebas en su expiación de entera fortaleza y grande serenidad. Para nosotros, la causa mas poderosa de este hecho debe atribuirse á que estos malvados, asesinos de ralea, son gente de impetuosas pasiones y por consiguiente débiles, faltos de aquella fortaleza, de aquella mente vigorosa que sostiene con resignación á quienes la poseen en las aciagas vicisitudes de la vida.

Y aquí podemos muy bien preguntar con un célebre apologista del catolicismo; ¿cómo se explica por las leyes naturales esa fortaleza de espíritu, ese heroísmo del sufrimiento que probaron en defensa del cristianismo por espacio de tres siglos tantos millares de mártires, cuando fuera de aquí le encontramos tan raro como extraordinario? como se explica el que innumerables niños é innumerables mujeres con tantos sentimientos y pasiones, débiles por naturaleza, soportaran con entera tranquilidad y resignación tormentos tan atroces, desgarradores martirios; mostraran aquella firmeza de ánimo que para otros objetos encontramos tan poco comun y aun sólo en personas de inteligencia superior y enérgica voluntad? ¿Presenta este fenómeno el paganismo ú otra falsa religion, no obstante la firme creencia y viva esperanza de sus sectarios en sus mentidas deidades? Cuantas veces hemos reflexionado sobre tan sorprendente hecho nos hemos convencido de la imposibilidad de explicarle por causas puramente naturales, y en este hecho sobrenatural, en esta prodigiosa transformación de la débil naturaleza humana se descubre necesariamente la mano misteriosa del Eterno, se reconoce con evidencia la divinidad de la religion de Jesucristo.

Después de estas digresiones, no del todo inconexas con el asunto principal, repitiremos lo que llevamos ya expuesto; que el sentimiento abandonado á sí sólo es origen de lamentables extravíos: quien juzga meramente por lo que le dictan las pasiones, corre riesgo de ser tan variable como ellas, de pecar tan pronto por funesta condescendencia como por viciosa severidad. Ante la víctima aun palpitante de un asesinato, la mayoría de la muchedumbre presente condenarian al homicida á sufrir el mas atroz y horrible de los castigos; pero pasan unos pocos días, el criminal ha sido sentenciado á muerte y aquella misma muchedumbre ante el fúnebre espectáculo del patíbulo acusa á los jueces de inhumanos, de bárbaros y crueles á las leyes; dejadlo á su decision, y el asesino quedará impune.

El huracán de las pasiones ahuyenta la razon y la justicia; allí donde aquellas campean sólo encontrareis extremos viciosos. Por esta misma razon los débiles aman con idolatría y aborrecen con crueldad; son valientes hasta la temeridad ó cobardes hasta la baja; tan pronto estallan en cólera, como mansos hasta la sujeción, tercios ó flojos, orgullosos ó bajos, mezquinos ó pródigos, ilusionados ó desesperados; no sucede así en los firmes, que son benignos, pero justos, graves sin altanería, francos sin llaneza, grandes sin ostentación, económicos sin ruindad, flexibles sin endebles, constantes sin obstinación; se indignan pero sin ira; desconfían pero sin desesperar.

Los débiles suplen su debilidad con el engaño y la astucia; que son los animales mas pequeños y de menos resistencia los mas mañosos y venenosos; los em-

peradores romanos mas faltos de vigor moral, los mas hipócritas, envidiosos y fingidos.

Los débiles se presentan muy afables y dulces en la expresión, pero desconfían de sus hechos; temen su enemistad; los fuertes se muestran algo duros y casi desatentos, pero no receleis de ninguno de sus actos; estos si sufren una injuria, una ofensa, fácilmente la perdonan, pero jamás la olvidan; aquellos, el menor agravio no lo perdonan hasta que se vengan, pero lo olvidan con la mayor facilidad; que un débil, segun Addison, puede combatir, puede vencer, pero nunca puede perdonar.

Estas almas que carecen de energía moral, tan pronto tambien se hallan dominadas por una destemplada alegría, como sucumben aun mas comunmente al desesperado mal humor; vivamente sintieron esta enfermedad el Tasso, Camoens, Byron, Espronceda. Sin embargo, Aristóteles ha dicho que todos los hombres célebres tienen propensión á la tristeza; y sobre este punto han afirmado algunos que los sabios se hallan menos espuestos á ella que los poetas ó artistas; otros han dicho que todos lo están de la misma manera; mas nosotros, aceptando esta última opinión, creemos que de los hombres célebres los débiles están dominados por un exceso de tristeza, por la hipocondría, por una tristeza pasiva; pero las almas grandes, los sabios, por la melancolía, por aquella tristeza interesante de Kant, por aquella tristeza activa que no aplanan como la otra el corazón, sino que le ensancha, le engrandece. «Las pasiones activas, ha dicho Feuchtersleben, si traspasan los límites de la moderación se vuelven pasivas;» y añade luego: «las pasiones violentas son un signo de debilidad.» Y efectivamente, lo que encontramos en los débiles son pasiones violentas, pasiones pasivas.

Tenidos en cuenta, pues, los inmensos males de que es semillero esa flojedad moral, es sobremanera conveniente precaverse contra ella, dirigiendo acertadamente esa útil pero peligrosa máquina del corazón; es menester que las pasiones, muy compatibles y hasta necesarias para la misma firmeza, no anden sin freno; (que una velocidad exagerada concluye siempre con un inevitable desorden, con un trastorno) sino que tengan un movimiento constante y bien dirigido por medio del eficaz regulador de la inteligencia, pues, segun el citado autor, solamente es activo lo que está sujeto á la razon del hombre.

La debilidad es mas general de lo que se presume, pero anda muy desfigurada; lo que en realidad solo es pusilanimidad y enervamiento de espíritu se apellida prudencia, deseo de transacción; lo que se declina muchas veces ó se calla por lo que se llama cordura y evitar compromisos, es solo por falta de entereza, por debilidad, y de este modo sucede que los débiles no hacen el bien, consienten el mal, y por evitar una enemistad ó el rencor de tal ó cual intolerante, acaban por el desprecio de todos. Los débiles, aunque algunas veces ejecuten buenas acciones, hacen ó consienten muchas otras las malas; y como la culpabilidad consiste mas en hacer el mal ó consentirlo, que en no hacer el bien; es mas perverso y se presenta mas odioso quien hace el mal aunque en union del bien, que quien ni lo uno ni lo otro; los Césares de firmeza que si no eran pródigos en recompensas, tampoco se mostraban crueles, fueron generalmente mas queridos que los Césares débiles que haciendo el mal, colmaban de bienes.

Para evitar, pues, ese culpable consentimiento que nos acusa de complicidad, cumpliendo al propio tiempo con nuestro deber, es indispensable combatir esta enfermedad moral de la debilidad, para la cual un experimentado médico del corazón humano ha ordenado la siguiente receta: «Saber querer y hacer lo que se debe;» hé aquí, ha dicho, en dos preceptos toda la higiene del alma.

Para observar esta sabia máxima es necesario adquirir firmeza de ideas, formándose en globo ciertos principios para las cuestiones religiosas, morales y sociales, empeñarse después en adquirir fuerza de voluntad, aprender á querer para cumplirlos con constancia y defenderlos con firmeza pero sin tenacidad, con dulzura pero sin flaqueza; solo con estos cimientos se levanta sólidamente el edificio de nuestro bienestar moral y material; solo así se sobrellevan con resignación los infortunios, se practica con pureza la virtud, se adquiere la estimación de nuestros semejantes; solo así se combate la indecision, no se desfallece en las empresas y se alcanzan nuestros propósitos; solo así se conserva sano el espíritu y el cuerpo, se consigue la tranquilidad de los sabios, la longevidad de los filósofos.

ANTONIO JOSÉ TORRELLA.

DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Uno de los hombres políticos que mas han intervenido en los últimos sucesos, es el conocido poeta don Adelardo Lopez de Ayala, autor de los importantes manifiestos y comunicaciones que llevan la firma

del duque de la Torre, y encargado de entregar al general Pavía la carta del primero, en que le proponía evitase el encuentro que después tuvo lugar. Hasta ahora, el señor Lopez de Ayala, se había distinguido más en el teatro, donde sus obras le han conquistado un nombre distinguido, que en la política, en la cual tomaba escasa participación desde hace algunos años, á pesar de haber ocupado con frecuencia un asiento en el Congreso.

El señor Ayala, hoy ministro de Ultramar, tiene no poco que hacer en su ministerio, según las exigencias de la opinión, y en el sentido de los últimos acontecimientos. — Esperemos que en esta esfera sabrá mantener su reputación á igual altura que en la escena contemporánea.

Z.

EL PUENTE DE ALCOLEA.

¿Quién no conoce los pormenores del dramático episodio de nuestra Revolución, que puso fin al anterior orden de cosas, y, evitando mayor efusión de sangre, decidió la caída de la última dinastía? Pero ninguna descripción, por animada y pintoresca que sea puede suplir á la exacta vista que de aquella lucha por siempre memorable, ofrece hoy El Museo á sus lectores. El cuartel general del ejército libertador, su vanguardia, y el puente tantas veces célebre en la historia de nuestra patria, se ofrecen con toda distinción y permiten apreciar el acierto de las operaciones militares que han apresurado el cambio radical de

nuestras instituciones. Ciertamente que ni cuando el rey San Fernando asentó su campamento en 1236 junto á este puente (posteriormente reedificado), en

tunados reos, saludan con sus mugidos los desconocidos lugares que no habían visto ni volverán á ver jamás.



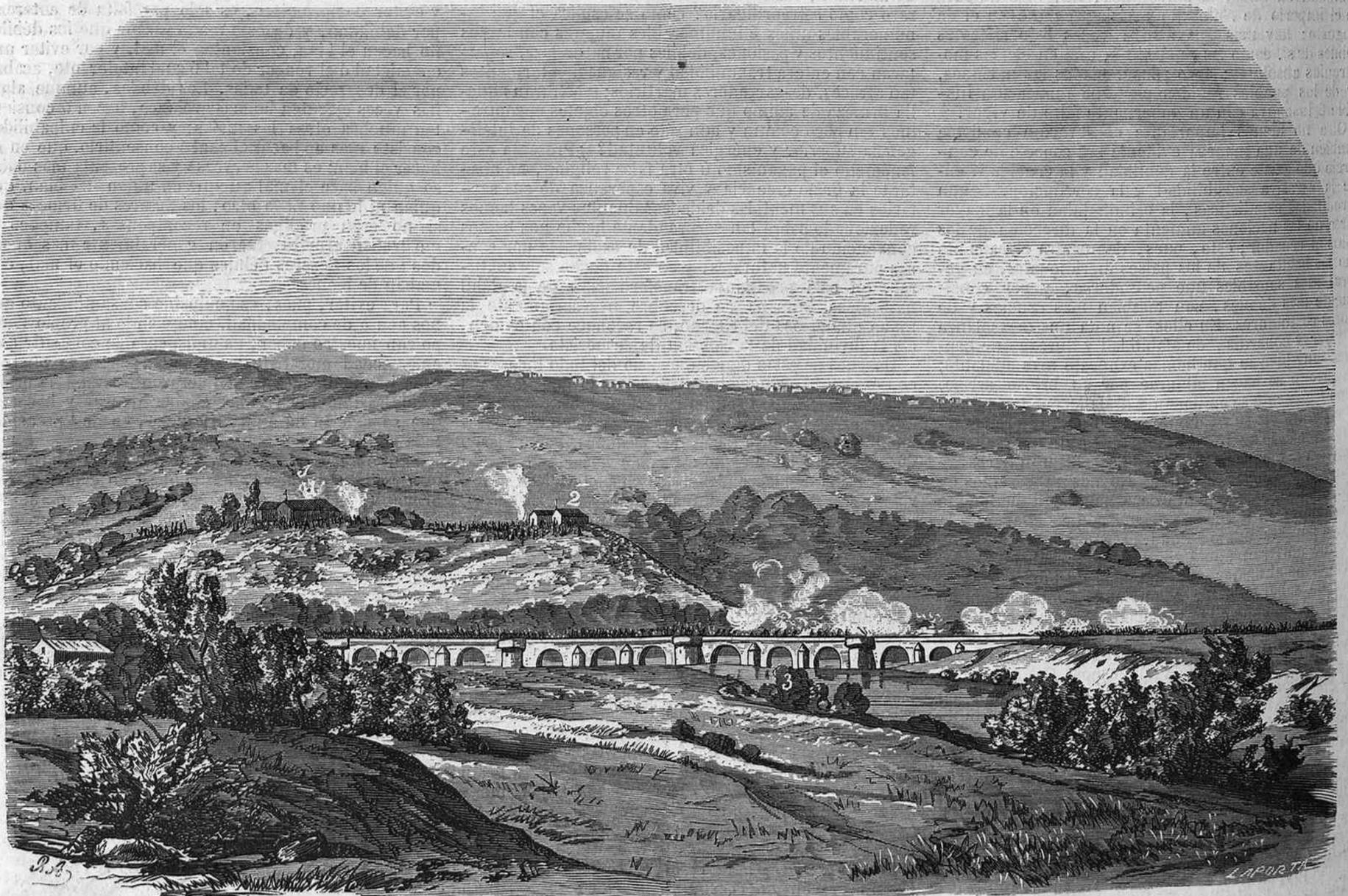
DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

su expedición sobre Córdoba, ni cuando Dupont se presentó en el mismo sitio ante Echevarri en 1808, podían prever que una crisis política no menos grave para España que las de la Reconquista y la guerra de la Independencia, debía resolverse en aquella comarca.

ENTRADA DE LAS RESES EN PARIS.

Jamás el extranjero llegado á la segunda Babilonia, puede asistir á aquellas inmensas entradas de víveres que alimentan á París sin recordar el antro de Polifemo ó el capítulo de Rabelais acerca de las prodigiosas comidas de Gargantua. El Cíclope contemporáneo, el Gargantua moderno es París. El labrador ara y siembra, el hortelano cuida sus árboles y sus legumbres, el árabe sus naranjas, el pescador sus redes, Cancale y Ostende sus ostras, Chamber-tin, Nuits, Médoc, Al, sus vinos, el pastor sus vacas y sus carneros... todo para que monseñor Gargantua coma y coma bien á sus horas.

Las carnes entran especialmente por Poissy y por Sceaux. Rebaños enteros de animales son llevados, desde las verdes praderas donde se procura su mayor volumen, á los mataderos de París, que en su pantomima del *bœuf gras* no hacen más que pagar la deuda anual de su gratitud á todos los pastos de Francia. Los infor-



1 Cuartel General del Duque de la Torre.—2 Vanguardia del ejército liberal.—3 Puente de la carretera de Alcolea.

CAMPAMENTO DE ALCOLEA 28 DE SETIEMBRE DE 1868

VISTA TOMADA DESDE EL TERRAPLEN DEL FERROCARRIL Á LA ENTRADA DEL PUENTE DE HIERRO, CROQUIS REMITIDO POR A. RATHONIS.

El bello dibujo que hoy ofrecemos á los lectores de El Museo, representa la entrada de las vacas y reses en París, en el instante mismo de llegar. El polvo se levanta bajo su tardo paso, que parece inspirado por un vago presentimiento de un cruel porvenir. Páranse algunos y se vuelven hácia atrás, como para orientarse y ver quién les sigue. Otros, abismados en un sombrío silencio, no aceptan un destino que premen sino á fuerza de intimaciones. El pastor, que deja marchar delante á los inocentes, escita á los rezagados; gestos, palo, perros, nada les escasea para hacerles seguir con cruel porfía el camino de su perdicion.

Algunos árboles y algunas chimeneas de las fábricas que la industria ha colocado en lugares de que huye la poblacion por la escasez de recursos que

ofrecen para la vida, sirven para hacer mas triste el cuadro, y forman una escena híbrida, que no es campo, ni todavía ciudad.

NOVELAS Y CUADROS DE COSTUMBRES.

AVENTURAS DE UNA SILLA.

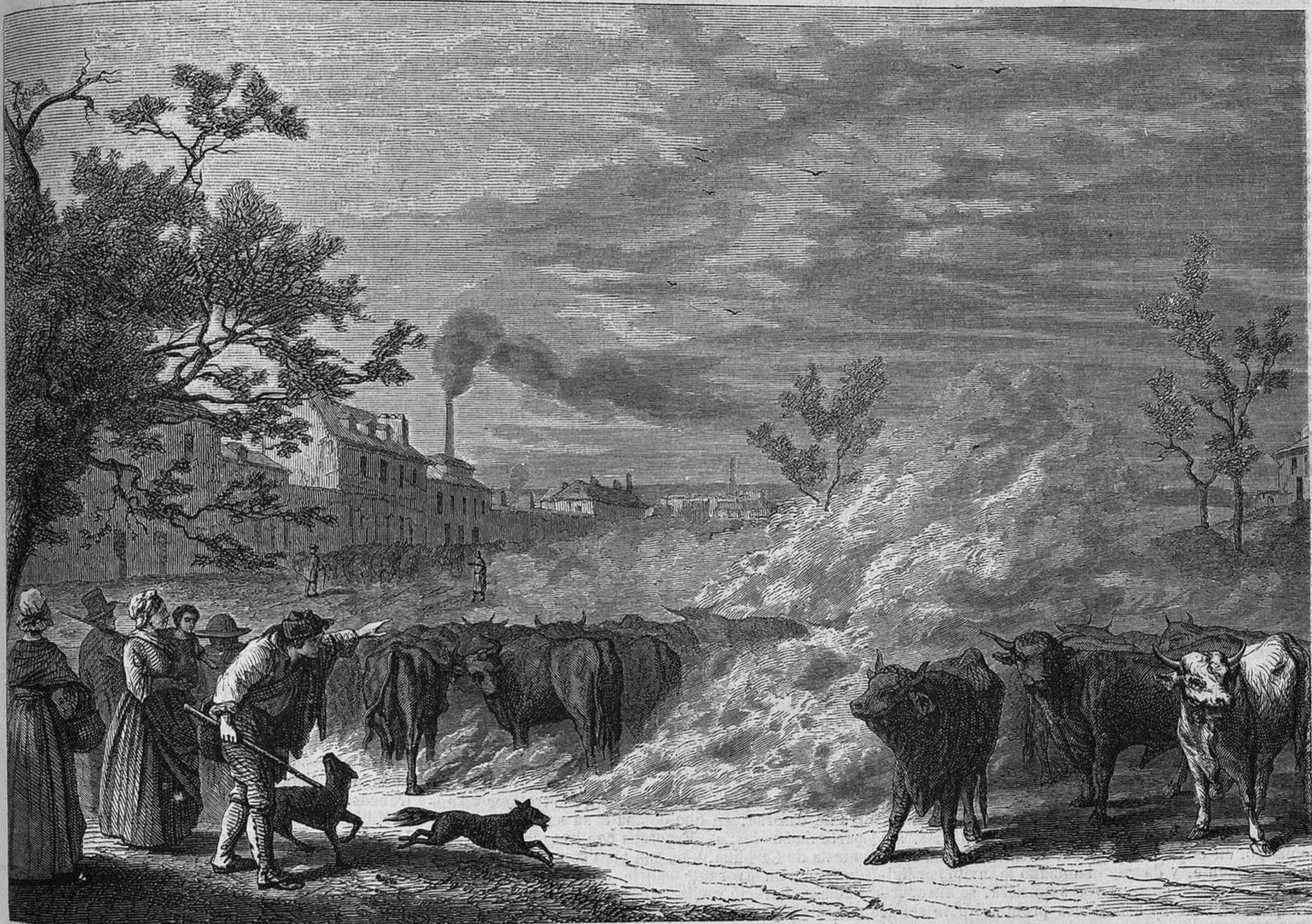
CONTADAS POR ELLA MISMA.

(CONTINUACION)

II.

Permanecí allí por largo tiempo espuesto al rigor de las estaciones, y despues fui aserrado en pedazos.

Trascurrido otro largo intervalo, se me condujo en un carro y me encontré en el taller de un ensamblador. Cuando entré en la habitacion del anciano á quien yo pertenecía ahora, le reconocí por ser uno de los que habia visto paseando á lo largo de la avenida, cerca de donde crecí en un principio, y el que habia admirado allí mi tamaño, forma y ramaje. Esperaba que comenzase entonces á moralizar por dar oportunidad á las reflexiones una ocasion semejante, pero me engañé. Cogió uno ó dos pedazos, nos puso á la luz, examinó el grano, y manifestando su aprobacion, nos echó en un rincón. Poco despues supe que el anciano conocia mi origen, pues se le contó á su hija mayor cuando vino un dia á verle trabajar. No pasaron muchos sin que el viejo escultor y su hijo comenzaran su obra. El último formó dos sillas, y el anciano em-



ENTRADA DE LAS RESES EN PARÍS.

pezó despues á grabar figuras en nosotras. El tiempo pasaba bastante tristemente, siendo sólo variado por algunas conversaciones entre el padre y el hijo, alguna corta cancion tarareada por éste, y la incidental é inocente charlataneria de los niños.

Deseaba con ansia conocer mi suerte, y cuando supe que la otra silla y yo éramos construidas para un antiguo corregidor, llamado el licenciado Merino, tuve gran curiosidad por descubrir qué clase de familia era la que debía darme acogida. Terminóse por fin la fastidiosa operacion. Mi compañera y yo fuimos colocadas juntas, y todos los amigos y vecinos venian á ver las sillas del corregidor, y á dar su parecer sobre nosotras. No sin razon estábamos orgullosas de los cumplimientos que se nos dirigian, y en cuanto á mí, me era muy lisonjero el ver que ya fuera un robusto roble en el campo, ó una silla artísticamente trabajada, siempre merecía los elogios de los hombres, y en verdad que no pude menos de observar en esta ocasion, que muchos que no hubieran podido apreciar mi belleza como árbol, descubrian ahora cualidades para alabarme, ahora que habia descendido al nivel de sus capacidades en la forma de un artículo de lujo.

En ocasion oportuna fuimos instaladas con los honores debidos en nuestra nueva habitacion. El cuarto en que se nos colocó, era una sala larga y triste, las

paredes y el suelo estaban pintadas de diferentes colores, y los muebles eran de nogal. Hallábase alumbrado por una ventana baja, que daba á un jardin cerrado por altas é impenetrables paredes en el que se criaban toda clase de flores y árboles frutales, estando muy bien cuidado y arreglado. Cuando llegamos, habia ido al ayuntamiento el corregidor Merino, y se nos puso á un lado para esperar su regreso y aprobacion. Su esposa era una mujer de edad regular, de costumbres solitarias y pacíficas á causa de su quebrantada salud y de un carácter escesivamente sensible. Sin embargo, nunca estaba ociosa, y aunque no era aficionada á reñir, sabia gobernar su casa, de modo que reinaba el mayor orden en las cosas lo mismo que en las personas. Nadie podia menos de quererla, pero con un cariño verdadero, puro y lleno de respeto. Todos los dias entraba en la sala, y despues de entregarse á alguna lectura piadosa, limpiaba cuidadosamente el polvo de todos los muebles y se retiraba luego.

En cuanto volvió el corregidor, vino inmediatamente á ver las nuevas sillas, dándome ocasion de conocerle. Venia de una junta del ayuntamiento, en la que algun descontento, intentando sin duda ocultar sus miras ambiciosas bajo la máscara del bien público, habia procurado obtener de la corporacion mu-

nicipal la construccion de un nuevo puente para poner en comunicacion á los vecinos de la ciudad con los de otra inmediata, de que decia hallarse completamente incomunicados. El digno corregidor, tuvo la fortuna de impedir este cambio en el orden de las cosas establecido, y consiguió un acuerdo en que se expresaba, que no siendo mayor la distancia por el antiguo que por el camino propuesto, y bastando el puente existente para las relaciones de las ciudades vecinas, no creia conveniente la nueva alteracion, quedando desechado el proyecto por lo tanto. A consecuencia de este triunfo, el licenciado estaba mas satisfecho que nunca de sí mismo. Aunque de mas edad que su esposa, era un hombre alegre y robusto, con el pelo castaño, ojos risueños y vivos, y una propension á divertirse que se revelaba en toda su persona. Hablaba con voz alta y placentera, y escepto cuando se lo exigia su posicion oficial, siempre estaba pronto á escitar la hilaridad con sus dichos y hechos. Habiéndonos examinado minuciosamente, y tomándose tiempo para descubrir nuestros méritos y deméritos, procedió á dar su sentencia sobre nosotras, que fue muy favorable. Su señora se adhirió á ella inmediatamente, y sentándose los dos en nosotras por algunos minutos, se levantaron despues y salieron del cuarto, cerrando la puerta detrás de sí.

Escepto en los días festivos, ó en las grandes solemnidades ó regocijos, rara vez veíamos al corregidor ni á su señora. Mas no tardaron en dirigirse todas mis simpatías y recuerdos hácia otro miembro de la familia, que no he mencionado todavía. Carolina, la hija del corregidor, se hallaba fuera de casa el día en que nos instalaron en ella, y no volvió hasta la mañana siguiente. Era entonces una niña de algunos diez años, y cuando entró en el cuarto corriendo y nos miró con la mayor atención y tocó tímidamente los grifos que nos coronaban, y voló despues á decir á su madre lo que habia visto, no pude menos de sentir el hallarme privada de su presencia. La observé con el mayor interés desde aquel instante, y ví cómo se convertía en una jóven hermosa y en una mujer admirable. Por el verano venia todas las mañanas, abría la ventana y llenaba el cuarto con la fragancia de millares de flores. Se deslizaba despues tan ligeramente, sonriéndose de una manera que electrizaba los ojos que la contemplaban. Otras veces entonaba alguna corta cancion con una voz tan dulce, que llenaba el cuarto de una música que solo ella sabia pronunciar, y miraba todas las mesas y las sillas y los muebles y los árboles y las flores del jardín, como si tuviera una inclinación y amor particular para cada una; de manera que todo el que la conocía no podía menos de amarla y ofrecerse con gusto á su servicio. Era la luz de los ojos de su padre, y su única compañera, pues su esposa, apenas habia llegado Carolina á la edad en que podia hacerse cargo de la casa, enfermó y se encerró en su cuarto, de donde no salió mas que á la habitación en que estábamos nosotros. Veíamos entonces á Carolina sosteniendo á su madre, y sentándose á su lado, y cuidándola y rodeándola de todas las comodidades que solo el amor filial puede inspirar. Pero un día no vino á la sala, y despues, durante muchas semanas, no la volvimos á ver entrar en nuestra habitación, y cuando nos visitaba era solo por un momento, y de prisa. En cuanto pasó el invierno y á la primavera, sucedió el verano, Carolina volvió otra vez á nuestra habitación. Estaba vestida de luto, y sus mejillas se hallaban pálidas, y sus manos blancas y delgadas, y miraba la ventana con tanta tristeza y despues cayendo en una silla, lloró por tanto tiempo y tan amargamente, que comprendí que habia muerto su madre, y temí no tardara en seguirla al sepulcro. Pero la juventud triunfó al fin, y Carolina recobró poco á poco su salud y su antigua alegría.

Cuando contemplé aquellos ojos brillantes y risueños, aquellas hermosas mejillas que comenzaban á tomar su antiguo color, y aquellos labios de coral adornados por una traviesa sonrisa que iluminaba á veces todo su rostro, sospeché que Carolina estaba pensando en una cosa que no era su padre, y no me equivoqué por cierto.

De que el anciano corregidor recibió al jóven Eduardo en la sala una tarde, y se retiró Carolina ruborizada, y el viejo y el jóven parecían tener atada la lengua ó pensar en quién rompería antes el silencio, esperé con ansiedad algun descubrimiento importante. De que al fin supe la verdad y comprendí que se habian convenido en lo esencial, es decir, en que Carolina era la mejor de las mujeres, y hacia á Eduardo el mas feliz de los hombres; de que ví que el padre aprobaba el matrimonio, retardándole dos años, sin embargo, en cuyo tiempo debia Eduardo establecerse definitivamente, y de que el anciano le invitó cordialmente á visitarle cuantas veces quisiera, se me ocurrió que Carolina iba á dejarnos pronto. No lo sentí, pues comprendía, á pesar de la poca experiencia, que puede adquirir en el mundo una silla vieja, que esto era muy conveniente para la jóven, pero el no verla como hasta entonces, no dejaba de entristecerme.

Mas ¡cuántas cosas escuché y ví entre tanto! Muchas veces despues de este día Carolina y Eduardo se sentaban el uno al lado del otro, y decían tales cosas y de una manera tal, que quiero callarlas, pues tambien las sillas sabemos que no todo debe decirse. Votos, promesas, presentimientos, esperanzas, temores, y en fin, si alguna vez faltó poco para que perdiera la buena opinión que tenia de Carolina, fue entonces de seguro.

III.

Pero las relaciones de los dos amantes no tardaron en producir un efecto contrario al que yo podia esperar, y si aunque silla no habia asistido un cierto sentimiento inesplicable á las demostraciones de cariño de dos personas que se hallaban en la edad propia de sentirle é inspirarle; inútil es decir que creció en extremo mi disgusto cuando hube de sufrir esto y mucho mas de un par de viejos necios y repugnantes. El fiel y desinteresado amor de Eduardo y Carolina fue sorprendido por un extraordinario é inesperado capricho de parte del corregidor, que no tardó en manifestar sus intenciones de volver pronto á aquel estado de que habia salido con la muerte de la madre de Carolina. Por mi parte, apenas pude convencerme de la verdad del suceso, aun despues del intervalo de tiempo que habia pasado, hasta que estubo completamente decidido. Sin embargo, tan pronto como lo descubrí y oí á Carolina contárselo á Eduardo llorando,

me hubiera roto con gusto llena de indignación y desprecio debajo de aquel viejo estúpido. Quería retardar el casamiento de su hija; pero deseaba apresurar el suyo. ¡Oh! soy una silla estóica y fria por naturaleza, pero aunque sólo soy una silla y no poseo mas que los sentimientos propios de mi clase, casi perdí toda mi indiferencia y me abandoné toda mi filosofía. Estaba avergonzada. Hubiera querido poderle estrechar entre mis brazos, para recordarle sus pocas fuerzas y las enfermedades propias de su edad que parecia haber olvidado tan completamente. Pero mi rabia fue imponente desde luego. Tenia esperanza de que no se verificase la catástrofe. Me hubiera alegrado servir para el duelo de un entierro, mejor que para el baile de una boda. Pero no, mi amo no debia morir por entonces, aunque de su casamiento resultó sin duda su muerte, lo que no puedo menos de creer con algun fundamento. Mas no se verificó por esta época, sino mucho despues, y no por creer frustradas sus esperanzas, sino por hallarse chasqueado en sus recuerdos. Asi fue que no hubo medio de separarle de su proyecto. Le habia echado el anzuelo una viuda, y mientras Carolina estaba entregada, á los placeres del galanteo, habia galanteado al viejo corregidor adulándole, lisonjeándole, entreteniéndole, engañándole. Desde entonces, no era raro que el viejo y la vieja se sentasen en las dos sillas de brazos y ella le cortejara allí con cumplimientos tontos, ridículos, antiguos y falsos, que el corregidor tragaba con la mayor formalidad, aunque observé que ella lo hacia casi como si se galantease á sí misma.

Casáronse muy en breve, y Carolina por complacer á su padre se presentó en la iglesia, manifestando toda la alegría que pudo manifestar. Una de las felices consecuencias de esta boda, fue que con ella terminó completamente el galanteo, y creo que no volví nunca á ver contenta, ni á manifestar el mas mínimo cariño al corregidor á su nueva esposa desde el día siguiente de su casamiento. Carolina quedó vengada y yo quedé muy satisfecha en ver pagar su locura al corregidor. Habia sido chasqueado y ni aun se guardaban las apariencias para ocultarle el chasco. Hacía además tan poco por su parte, reñía con tanta frecuencia y siempre para quedar debajo, que preví, desde el momento en que volvió á someterse á las cadenas matrimoniales, que su vida seria corta y nada alegre. La pobre Carolina hizo todo lo que pudo para conservar la paz, aunque en vano por desgracia, y miró la aproximación de su boda como el feliz término de una época de disgustos, casi como el regreso á los días de la felicidad doméstica. Señalóse el día de la boda; pero antes que se efectuara, su padre habia caído muy enfermo. Se me habia olvidado decir que uno de los primeros actos del reinado de la segunda esposa del corregidor Merino, fue desterrar de la sala á mi compañera la otra silla de brazos, llevándola á la alcoba de su esposo. Yo continué en mi puesto primitivo. La ternura con que Carolina asistía á su enfermo padre no puede describirse. Siempre estaba á su lado para cuidarle, para servirle. Una mañana en que se hallaba mucho peor, el anciano llamó á su hija y la preguntó por lo bajo si tenia alguna petición que dirigirle. Creí lo hacia por mera fórmula, pues sabia habia hecho testamento antes de casarse, en que dejaba á su esposa la mayor parte de sus bienes. Esperaba con impaciencia la respuesta de Carolina, y no con poca sorpresa mia le dijo que tenia un favor que pedirle. Su padre la mandó que hablase. Pareció vacilar, temí que iba á dejar frustradas mis esperanzas, á quitarme la buena opinión que tenia aun de ella. Pero al fin le preguntó con la mayor sencillez y casi con repugnancia. «Padre, ¿me quiere usted dar las dos sillas de brazos que estaban al lado de la ventana?»—¡Pobre Carolina! casi palpité al oírlo, mientras hablaba, mi corazón de roble.—No habia olvidado los días en que se deslizaba tímidamente en la habitación para ver si estaba leyendo su madre; y además yo no me engañaba: amaba los antiguos muebles que habian sido de sus padres y deseaban tener estas dos sillas que se hallaban ahora olvidadas y abandonadas, como recuerdo y memoria de aquellos días en que habia aprendido su lección ó hecho sus muestras sentada en la silla de brazos, ó pensando quizá en el tiempo en que se sentaba en ellas con Eduardo y hablaban juntos; queria llevarselas á su casa y conservarlas como recuerdo del pasado. Pero su padre no debia morir entonces; gracias sin duda á los cuidados y al cariño de Carolina, se repuso algun tanto y vivió algunos meses mas, en cuyo tiempo pudo ver casada á su hija, la cual cuando entró en la casa de su marido, halló las dos sillas en una sola pequeña, siendo yo quien mas se alegró de escapar de las garras de los viejos y acompañar á Carolina, aunque si hubiera conocido el porvenir, mejor me hubiera sido quedar donde me estaba. Pero de esto hablaremos despues.

Tomamos posesion de nuestra nueva residencia con mucha alegría, y Carolina y Eduardo comenzaron su nueva vida bajo muy buenos auspicios. El corregidor venia con frecuencia huyendo de la discordia que reinaba en su casa para gozar de la tranquilidad que adornaba la morada de su hija, pero su esposa no iba nunca á aquel pacífico retiro. El pobre anciano se

quejaba con frecuencia de su mala suerte, pero poco podian hacer sus hijos para consolarle, escepto lamentar sus desgracias. Vivió hasta ver su primer nieto y entonces murió dejando á su desconsolada esposa para llorar su pérdida.

(Se continuará.)

A. DEL Y. POR J. S. BIEDMA.

NOTICIAS DE OPORTUNIDAD.

ESCUDO DE ARMAS DE ESPAÑA.

Con motivo de haber hecho desaparecer el pequeño escudo GEFÉ, que cargaba sobre el grande ó principal de las ARMAS DE ESPAÑA, en el que campeaban las tres FLORES DE LIS, que trajo de Francia la Dinastía de Borbon, cuando á principios del siglo XVIII, vino á reinar, vamos á reproducir unos apuntes que acerca el origen de esta pieza heráldica escribimos.

Difícil es poder determinar qué rey ó en qué época principió á ser la flor de lis el distintivo propio de los reyes de Francia: sin embargo, en el sello de Lotario, penúltimo rey de la segunda raza, es en donde por primera vez se halla representada esta especie de flor. Despues se vé ya en muchos de los sellos y coronas de los reyes sucesivos, la figura de la flor de lis, pero su número es muy vario hasta el reinado de Carlos V, cuyo monarca le fijó á tres en obsequio á la Santísima Trinidad.

Algunos suponen que la flor de lis viene ya de los primeros francos, y otros que de la batalla y victoria de Tolviac, dada en el año 496, despues de la cual dicen que los soldados de Clodoveo se coronaron de flores de lis (azucenas).

El jesuita Henschenio creyó ver en la flor de lis la reunion de los tres cetros que Dagoberto usaba como soberano de los reinos de Austracia, de Neustracia y de Borgoña, que habia reunido en su persona, y de los cuales cree tuvo origen la flor de lis de Francia, á la cual se parecen los tres cetros reunidos.

Otros han pensado que la flor de lis no fue mas que la figura mal representada de las abejas, con cuyas figuras adornaban los mantos de los reyes de la primera raza: opinion apoyada con las creidas abejas de oro que se hallaron en la tumba de Childerico descubierta en Tournai en 1655.

En efecto, en ella encontraron el anillo de oro de este príncipe, muchas medallas de oro y abejas de oro macizas y del grandor natural, lo que hizo creer que las abejas habian sido las armas de los Merovigios, como un recuerdo sin duda de los bosques de la Germania en los cuales abundan estrordinariamente estos insectos, y que luego mal limitadas por los pintores pasaron á ser las flores de lis de los Capetos.

Y quizá por esto Napoleon I mandó sembrar cuando su coronacion el manto imperial de abejas, en lugar de flores de lis.

A mas de todo lo dicho, han creido algunos que estepieza del escudo de los reyes franceses era el hierro de la lanza llamada *francisca*, usada por los antiguos francos.

Millin dice que despues de haberse cruzado en 1146 Luis VII de Francia, llamado el Jóven, tomó una bandera de azur sembrada de flores de lis, fuese por alusion á su nombre Luis, ó por relacion al sobrenombre de *florus* ó florido, que le habia dado su padre cuando niño, para manifestarle su cariño.

Sin embargo de esto, el mismo literato dice que no están conformes las opiniones de los anticuarios acerca el origen y naturaleza de las piezas de que el rey sembró su bandera y su escudo, y á las cuales quedó el nombre de flores de lis.

Aunque en general la flor de lis parece propia de los reyes franceses, vemos su figura en monumentos antiguos que nada tenían de comun con la Francia.

Algunos anticuarios han creido ver la figura de la flor de lis en la frente de algunas esfinges egipcias de algunos museos de Europa. La corona de la emperatriz Plácida representada por Montfaucon y las de muchas estatuas y figuras de los emperadores de Constantinopla están adornadas de flores de lis.

Flores en las Memorias que escribió de las reinas católicas ó de España, hablando del sepulcro de doña Jimena que murió en los primeros años del siglo XI, dice que en él hay grabada su figura de cuerpo entero con una especie de flor de lis en la mano derecha, que parece denotar el remate del cetro. La representacion de este adorno lo atribuye el mismo historiador á casualidad, lo mismo que el de la emperatriz de los griegos, de la que hemos hablado.

No así la flor de lis que usaba en los sellos doña Juana, segunda mujer de nuestro santo rey don Fernando; pues dicha reina la tomara seguramente por divisa, por ser bizneta de Luis VII rey de Francia.

Hemos visto hacer tambien mencion de un retrato de Jaime II rey de Mallorca, hecho por los años 1291, con una corona adornada de flores de lis en un todo iguales á las del escudo de Francia.

Muchos antiguos reyes de Inglaterra se ven tambien representados en sus sellos con cetros termina-

dos por flores de lis ó con coronas adornadas de la misma figura, que tal vez no sería mas que un capricho del artifice.

V. JOAQUIN BASTÚS.

ALBUM POETICO.

LA BELDAD SIN CORAZON.

BALADA.

Era una noche callada
Sin estrellas y sin luna,
En que el misterio se aduna
A la densa oscuridad.
Noche triste, pavorosa,
En que el rugido del viento
Semeja ronco lamento
Que cruza la inmensidad.

Entre las opacas nieblas
Feudal castillo se via,
Y al pie de alta celosia,
Apenado trovador.
Al aire daba sus quejas,
Hondas quejas de alma herida,
Que no comprende la vida
Sin las dichas del amor.

«Escucha, bella señora,
Los acentos doloridos,
Que con flébiles sonidos
Acompaña mi laud.
Concédeme compasiva
Una esperanza siquiera,
Que calme la angustia fiera
De mi amorosa inquietud.

Do tú no estás, vida mia,
No dan aroma las flores,
Pierde el sol sus resplandores,
Cesa el ave en su cantar.
¡Oh! qué dicha tan inmensa
Si en premio á mi amor ardiente,
Los ensueños de mi mente
Llegases á realizar!

Las horas fueran momentos
Besando tus labios rojos,
Bebiendo amor en tus ojos,
Extasiado en tu beldad...
Momentos que revelaran
Con inefables dulzuras,
Las celestiales venturas
De gloriosa eternidad.

Si tú desoyes ingrata
La queja del amor mio,
Y premias con el desvío
Tan ardorosa pasion;
¡Maldita la suerte mia
Que me hizo loco adorarte,
Y hora no puedo olvidarte,
Hermosa sin corazon!»

Así su queja espresaba
El trovador apenado,
Y en tanto su dueño amado
Al escuchar la cancion,
Con sonrisa indiferente
Plegó el labio purpurino:
¡Ay del que halle en su camino
La beldad sin corazon!

LUIS VIDART.

¡YA LO SÉ!!

Oigo hablar de ingratitud,
muchas veces, cada dia;
¿qué es eso, madre?—Hija mia,
lo que no mereces tú.

Madre, no me ha satisfecho
tu respuesta; dílo pues
mas claro...—Ingratitud, es
lo que no cabe en tu pecho.

¡No lo entiendo todavía!
¿Qué es ingratitud? Quisiera

saberlo pronto...—Ay, espera,
ya lo sabrás algun dia...

—Bueno, y ¿cuándo lo sabré?
—¿Que cuándo? Pero señor,
sin conocer el amor...
—No digas mas, ¡ya lo sé!!

ENRIQUE FREXAS DE SABATER.

LA AGONIA DE CLEOPATRA.

POR LA NOCHE.

LA ORGIA REAL.

VI.

Pero hé aquí que aquel hombre, en el colmo de su vértigo, suspende de pronto su discurso y un gesto que inadvertidamente se marca en su fisonomía deja traslucir un recuerdo sangriento que en él, como buen romano y supersticioso, como tal es el presagio de un porvenir funesto.

La sombra acusadora de Marco Tulio cobardemente asesinado por los sicarios del rencoroso Antonio, cruzó como un fantasma pavoroso por su mente, martirizándose los miembros palpitantes del príncipe de la elocuencia latina, colocados de órden del cruel triunviro en lo mas alto de la tribuna de las Arengas, estaban allí presentes acusando su conciencia presa del remordimiento y del terror, y la hirviente plebe que invadiera en aquel dia nefasto los ámbitos del Foro romano, parecia aturdirle allí mismo y provocarle con sus gritos y maldiciones.

La ilusion era terrible: aquel rostro severo del mas grande de los oradores de la gran República, aquella frente donde antes brillaba el rayo de la ciencia infusa, surcada ahora de líneas de sangre y descompuesta por la agonía del martirio, aquella lengua elocuentísima, amoratada por la muerte y picada con la aguja de la cruel Fulvia, aquellos ojos en fin, tan radiantes de vida y apagada luego su pupila enérgica por el puñal de los sicarios del triunviro; todo se presentaba en aquel momento á su fantasía con lúgubre colorido, obligándole á ceder á impresion tan angustiosa, evocando á su pesar la sombra de la victima y rindiendo, en fin, con ello por de pronto el ánimo ante aquella implacable acusacion de la fatalidad ó de la Providencia.

Pero este rapto pasó luego. Antonio, al salir de su alucinamiento, sacudió su régia cabeza y pudo mostrar de nuevo al pueblo, su rostro alterado todavía por una palidez biliosa, contraídos sus músculos por su sonrisa amarga y dejando adivinar la tremenda crisis de que era victima.

—¡La hora sonó! esclama haciendo un esfuerzo supremo, salgamos al encuentro del destino que nos provoca en nuestros mismos lares; mostrémonos dignos de nuestro nombre, atentos á nuestro rango y á nuestras tradiciones heroicas, colocándonos á la altura de nuestros deberes, como soldados y como ciudadanos compañeros, marchemos unidos en busca de ese arrogante y presuntuoso enemigo que trata de encadenar nuestro albedrío, que nuestra espada no vuelva á la vaina sin haber obtenido con la victoria reparacion honrosa del insulto que llama á nuestras puertas, y sin haber dado el último golpe á esa cobarde y desenfadada codicia que tan descaradamente tienta nuestro honor y nuestra virtud.

Y como observase el favorable efecto de su discurso en el auditorio, el fogoso tribuno prosiguió en una actitud franca y decisiva.

—¡Marchemos, sí, marchemos todos coronados con las flores de este festin al festin supremo, de una muerte honrosa, y allí sucumbiremos, si es preciso, no sin escarmentar á nuestros enemigos: muramos todos juntos, si necesario fuere; los manes ilustres de nuestros padres de la pátria, los dioses mismos nos mirarán propicios, y yo, Marco Antonio el divino, consagrado por la triple voluntad del sacerdocio, del ejército y del pueblo desde el carro alado de mi apoteosis, os guiaré al templo de la fama, elevándoos hasta las mansiones del Eliseo.

Las palabras del orador produjeron un indecible efecto en aquellos fascinados espíritus; precipitose Antonio como un insensato por la hermosa escalnata de mármol que descendia figurando nudos de enroscadas serpientes hasta el arca del patio.

De allí, seguido de la decuria y de la guardia pretoriana que no le abandonaban jamás, ni aun durante el sueño, el triunviro se lanzó al vasto pórtico, cuya iluminacion palidecia ya á la sonrosada luz de la aurora.

En pos de él atravesó las doradas puertas de bronce del alcázar el inmenso gentío que todavía se agitaba en sus recintos, y en las calles de la ciudad se oia el agudo clamor de los clarines que esparcian la alarma con sus marciales notas.

Cuando la blanca luz del alba disipaba las postreras sombras y el sol enrojecia el cielo de Levante; Antonio, al frente de numerosas tropas de caballería, salia por la puerta Canópica, como el genio de la destruccion, en busca de las legiones de Octavio. La infantería dividida en pequeñas cohortes, ocupaba la ciudad, distribuida en sus numerosos cuarteles; mientras que las matronas egipcias vestidas de amazonas y completamente armadas, daban la guardia en el palacio de la licenciosa reina y respondian de su vida y de la de sus dos hijos.

VII.

El encuentro fue sangriento.

Las tropas romanas, aunque superiores en número, fueron derrotadas por las egipcias: el valor nunca desmentido de las legiones del César no pudo resistir el valiente empuje de las de Antonio que las pusieron en desordenada fuga, regresando triunfantes á la córte con mas entusiasmo que prudencia.

En esta evolucion tan impremeditada, el talento militar del triunviro cometió una imperdonable falta que debia acarrear su perdicion y la de su reino, pues si en vez de emprender la retirada hácia Alejandria, alucinado por su primer triunfo, hubiera perseguido al enemigo hasta esterminarle completamente, estando ya disperso y destrozado con este primer revés, acaso la balanza de los destinos del orbe, se hubiera inclinado en su favor, hundiendo el creciente poderío de Augusto; pero Antonio procedió al contrario, olvidando el ejemplo de Anibal en circunstancia análoga y que tanto vituperara él mismo.

Alejandria pudo al menos celebrar el triunfo obtenido por las armas victoriosas de Antonio, entregándose sin reserva alguna á la embriaguez de su necio entusiasmo.

El enemigo mientras tanto, mas cauto y juicioso, rehacia y reorganizada sus fuerzas terrestres y marítimas, y las galeras de su flota empezaban á aproximarse á remo forzado al puerto, estrechando el bloqueo y amenazando saltar muy pronto en tierra.

VIII.

La armada egipcia, provocada ya de cerca, se dirigió al encuentro de la enemiga, aceptando la batalla presentada.

Mandábala personalmente Marco Antonio á bordo de una magnífica trirreme, sobre cuyo puente, de pie, como un semi-dios, arengaba á su aguerrida tropa con el fuero de su arrebatadora elocuencia.

La órden de marcha fue dada, y las naves alejandrinas volvieron sus proas de bronce hácia el puerto, partiendo con la velocidad del rayo en busca de las galeras del César en medio de un huracan de aclamaciones.

Cleopatra, desde una galera mercante completamente fortificada, siguió de incógnito á la armada egipcia, confundiendo en ella y arrostrando los riesgos del combate.

La noche cerraba á toda prisa y la densidad era ya grande.

Hubo pues necesidad de empavesar los buques, porque la accion se habia ya empeñado en el ala izquierda de la flota romana.

Pero aquello sólo era una simple escaramuza, un ardid estudiado é indigno para distraer la atencion de Antonio, de la traicion que tenia lugar en aquella hora misma, en lo mas comprometido del lance.

El grueso de la armada egipcia, ejecutó entonces una evolucion sospechosa, cambió mútuo saludo y cierta señal convenida con la de Augusto, la cual correspondió á su vez á aquel movimiento estratégico tan hábil, y ambas incorporadas sin ceremonia alguna volvieron su proa de bronce hácia las playas.

La traicion en aquel lance crítico decidió la fortuna de ambas partes.

Antonio, lívido de angustia y de cólera, cuando vió por sus mismos ojos aquel ardid tan miserable, pronunció esa horrible blasfemia que la historia no se ha atrevido á consignar en sus páginas, pero que se considera como la mas execrable que hayan pronunciado jamás labios humanos.

Un liberto se atrevió á noticiarle entonces que la misma Cleopatra le habia hecho tambien traicion, pasándose acaso al enemigo.

Esta nueva le desconcertó el ánimo, porque en efecto la reina habia huido en una galera egipcia, si bien se ignoraba el rumbo que tomara: resistiase, empero, Antonio á creer tal felonía por parte de su enloquecida amante, hácia la cual le arrastraba á su pesar acaso una pasion idólatra, y su pecho pudo alentar al fin una esperanza vaga.

Y entonces, protegido por las sombras de una noche diáfana, hizo virar de proa su nave capitana hácia Alejandria, que, engañada acerca de su suerte, le preparaba para recibirle un soberbio arco de triunfo.

IX.

El pueblo entusiasta y crédulo, iba á presenciar bien presto un desengaño triste: la venda de la ilusion caia ya de sus ojos.

La multitud, comprendiendo al fin su verdadera



LA PUERTA DEL SOL EN LA MAÑANA DEL MARTES 29 DE SETIEMBRE.

suerte, bajó la vista, consternada, y siguió silenciosa á Marco Antonio que se dirigia presuroso al alcázar, acompañado únicamente de su criado familiar Eros. La ciudad de Alejandro reflejaba aquella noche el duelo de su infortunio: el imperio de los Lagidas se desplomaba al impulso de las liviandades de su soberana y de la insultante arrogancia del triunviro, quien no hacia en ello otra cosa sino inclinar la frente ante su propio destino y perderse.

X.
El palacio estaba desierto. La reina habia desaparecido sin que hubiese quien diera cuenta de su paradero, y sin embargo, en aquella noche misma debiera haber entrado fugitiva: sus esclavas recorrian errantes aquellas piezas de opulento lujo y rasgaban sus blancas túnicas, lanzando gritos de afliccion amarga: por do quier el luto, el terror, el desórden y una cruel sorpresa, y todo iba á

reflejarse en aquellas delicadas fisonomías descompuestas por los estragos de la orgia, y en las cuales marcara tambien su huella el sobresalto. Antonio, consternado al verse solo y temiendo una traicion posible por parte de aquella mujer á quien tanto habia amado, llegó hasta á creer que esa misma mujer pudiera haber entregado quizá en los brazos de César su honra y la de él mismo á trueque de una libertad vergonzosa.
(Se continuará.)

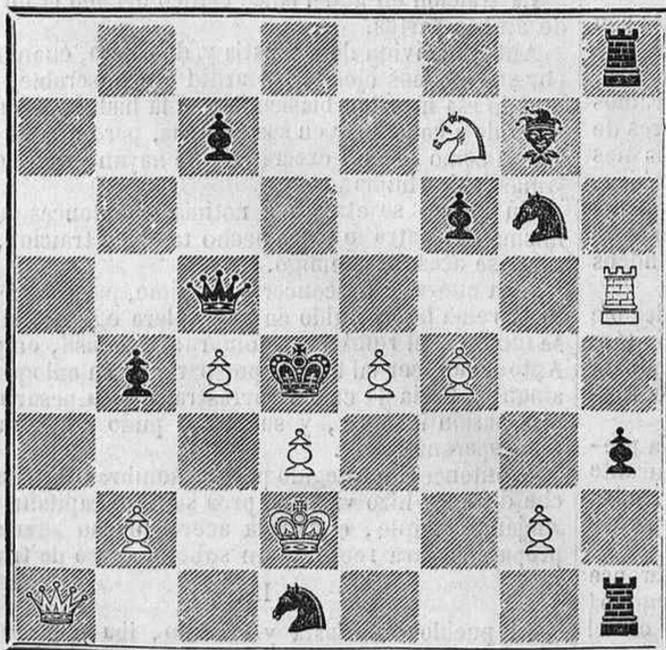
JOSE PASTOR DE LA ROCA.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 114.

POR V. L. NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 113

Blancos.	Negros.
1.ª C 2 D	1.ª D t A
2.ª C t P jaq.	2.ª P t C
3.ª D 2 R jaq.	3.ª P t D
4.ª P 4 A R jaq. mate.	

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores E. Castro, R. Canedo, H. Sierra, B. Ramirez, M. Martinez, E. Canedo, A. Mendez, G. Lopez, J. Rex, H. García, J. Luxan, G. Dominguez, S. Luna, B. Garces, de Madrid.—A. Galvez, de Sevilla.—M. Peris, de Valencia.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚM. 112.

Señores M. Peris, de Valencia —J. Calvet y A. Fernandez y Luque, de Barcelona.

LA PUERTA DEL SOL

EN LA MAÑANA DEL MARTES 29 DE SETIEMBRE.

El grabado adjunto, representa el acto de ser colocadas las banderas de la revolucion en los balcones de la casa de Correos. En dichas banderas, encarnadas en el centro, y negras á los lados, se leian estas inscripciones: ¡Abajo los Borbones! ¡Viva la soberania nacional! En aquel momento estaban cerradas las puertas del Principal; pero unos cuantos hombres del pueblo, trepando por las rejias del edificio, subieron á los balcones, colocando las banderas entre las inmensas aclamaciones de la multitud que presenciaba el acto.

A.

El eminente poeta don Ventura Ruiz Aguilera, cuya merecida reputacion ha contribuido al par de su tino y acierto á sostener EL MUSEO UNIVERSAL á tanta altura, ha cesado de dirigir la parte literaria de este periódico, entrando á ocupar un elevado cargo en la administracion pública. Los editores de EL MUSEO cumplen un imperioso deber, manifestando su gratitud al notable escritor por sus celosos esfuerzos, á que tanto debe este semanario.
Al señor Aguilera sustituye don Francisco Giner.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

La vida como el agua del mar no se endulza sino elevandose al cielo.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4.